



EPIDEMIA

XVII DÍA DEL PÍNFAÑO | junio 2022

Hace unos siglos, en el Alto, hubo una epidemia de varicela de tal envergadura que los que estaban sanos vivían en la enfermería.

Yo no la cogí, tal vez ya la había pasado sin darme cuenta. En total éramos cerca de 150. Para atendernos contábamos con un capitán, que era la viva imagen de Hercules Poirot, y un practicante; aprovechando las circunstancias, llegué a una entente cordiale con él: cuando por la mañana tenía sueño simulaba estar enfermo y podía volver a la piltra.

La verdad es que abusé muy poco y los veintitantos que no estábamos contagiados hacíamos de enfermeros. No sé cuanto tiempo duró la situación pero recuerdo que el trabajo resultaba agotador, pues como no vino nadie a ayudar nos pasábamos el día subiendo comidas, zumos... ¡yo qué sé!

Pero esto, creo yo que enlaza con el trato en el CHOE. Éramos como una familia supernumerosa en la que el fuerte apoyaba al débil y el mayor al pequeño.

El virus, virus verdadero, de mi época del Alto, era el señor de la Z.

También recuerdo, por estar ligado con otra historia, el hecho de haber aparecido por allí, en el año 62 o 63, el bacilo de Koch. Se dieron varios casos.

Os puedo asegurar que el bacilo de Koch campaba por sus respetos en el Alto. En diciembre del 68 (o puede que del 69) tuve el honor de pillarlo. Esto me permitió disfrutar de una estancia de unos cuantos meses en el pabellón de cerrados de Tablada (Sierra de Guadarrama), viviendo como un marajá.

La estreptomicina y el pas por cubos y tomografías cada quince días. Residencia mixta para estudiantes. Todo el día dedicado al lígüe y a los paseos por la nieve.

La tuberculosis también se instaló en Valladolid en los años 65 y 67 y causó verdaderos estragos. Cayeron varios compañeros.

En Valladolid, en concreto en El Salvador, también hubo una epidemia por el año 56/57. Fue la famosa «gripe asiática» ¿os

acordáis? Prácticamente todos los internos estábamos encamados y fue necesario que trajeran a unas monjas para cuidarnos.

Recuerdo que por aquel entonces dormía debajo de mi cama (teníamos literas) un tal Buisán, de Jaca, y el rapaz estaba tan tapado que una monja al pasar y verlo en la cama pensó que le pasaba algo y no se le ocurrió otra cosa que retirarle las mantas. Imaginaos la cara que se le quedó a la monja cuando vió que estaba simplemente haciendo un «solitario».

El tal Koch hizo su aparición en el 62 o 63 pero varios años después todavía andaba por allí afincado, había alcanzado la mayoría de edad y algo ocurría que se nos ocultaba.

Efectivamente había ocultamientos en el Alto, mi caso por ejemplo se ocultó, creo que nadie supo lo que me había pasado. Yo me sentía mal desde hacía un tiempo pero en el Alto no me hacían ni puñetero caso. Cuando ya me harté y como cada vez me sentía peor, me fui por mi cuenta a la Clínica Loreto (en la avenida de Reina Victoria), en media hora estuve diagnosticado y salí de allí con los papeles necesarios para el ingreso en el sanatorio de Tablada.

No solo era grave que ocultaran mi caso sino que no tomaron ninguna medida para proteger a los demás. También conocí otro triste caso. Creo que fue el primer año que estuve en el Alto. Un compañero (virus) que se apellidaba Zambrana y que era, creo, de Alicante.

Durante el primer trimestre se estuvo encontrando mal pero no le hicieron ningún caso. Al llegar diciembre, aunque echándole en cara que tenía mucho cuento, lo dejaron estar en la enfermería. No podíamos visitarlo y lo tenían encerrado con llave.

Llegaron las vacaciones de Navidad y haciendo un gran esfuerzo se fue a su casa con el cachondeito oficial de que para eso no estuviera malo. Cuando volvimos de vacaciones lo echamos en falta. Por familiares nos enteramos de que había fallecido de una leucemia fulminante.

Oficialmente, el silencio más absoluto.

En el caso que comento, al igual que en el mío, de los contagiados se hizo mutis total. Un grupillo, muy cercano por nuestra continua relación con los primos de Koch, decidimos acudir al hospital para someternos a reconocimiento.

A este fin solicitamos audiencia al Director y sorteamos quién de nosotros enunciaría la petición. Sólo en este tipo de sorteos, soy agraciado.

Desde el acojonamiento que tenía expuse la postulación y los motivos. Mi tono ahogado tampoco nos libró de la cólera del señor de la Z. Una lluvia de agravios, insultos e improperios nos caló hasta los huesos.

¡Coño! ¡Qué pinfano se sentía uno en estas situaciones!

Ya rojo, casi sin aire, tomó una pausa, rearmó su ira y disparó:

—¡Permiso denegado! ¡Me queréis hundir! y ¡tú, Lazo! ¡No te molestes! Por más que te presentes a la AGM, estando yo aquí nunca lograrás el ingreso.

Las visitas de Koch prosiguieron. El silencio, también. Pero aquel verano se rompió. Le llegaba a mi madre un escrito, muy oficial y oficioso, comunicándole mi expulsión del centro.

De esta guisa, sin más, por salir de los paralelos del irascible. En contra de mi opinión, peregrinó mi madre al Ministerio para exponer mi versión de los hechos y conseguir la readmisión. Buenas palabras sí que recibió, además de fiar promesas, pero nadie tomó cartas en la partida, «pasó».

Aquellos tiempos no daban para más. Aclaración. Así lo comento, ya sin ningún rencor, pero a las personas se las debe llamar por su nombre.

La única epidemia que «disfruté» en el CHOE fue la Gripe Asiática (Gripe Española para el resto del mundo) sobre el año 58 en el colegio de la Inmaculada, sin mayores consecuencias, incluso resultó divertido ver al colegio trastocado, con los dormitorios abiertos todo el día y llenos.

La jodienda era que la dieta de enfermo se ceñía a café con leche (o algo parecido) y 4 galletas. En cuanto a la tuberculosis yo no la conocí en el Bajo; en Valladolid se hablaba de un bro-

te aunque la verdad es que no recuerdo ningún caso, pero ciertamente había una especie de ley del silencio.

Por entonces se pensaba que se la había conseguido erradicar y la verdad es que se estuvo cerca; quizá por exceso de confianza se relajó un poco todo el sistema y de ahí el rebrote.

Para las autoridades de entonces era muy difícil asumir el fracaso de la política sanitaria que era un poco el buque insignia junto con el seguro de enfermedad, las residencias sanitarias, etc.

Cuando leo las grandísimas putadas que han pasado otros, tan próximos, no sé si es que era absolutamente gilipollas y no me enteraba de nada o nací con una flor en el culo y un ángel de la guarda a jornada completa más extras.

Lo del bacilo de Koch trajo como consecuencia que nos prohibieran tomar el sol después de comer con el torso desnudo, tumbados en el frontón o en la tapia próxima al campo de baloncesto.